

AMADEO RUIZ OLMOS Y CÓRDOBA

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

La Academia, en cumplimiento de lo dispuesto en el Artículo 22 de su Reglamento, se ha reunido hoy para recordar al Ilmo. Sr. D. Amadeo Ruiz Olmos; lo ha hecho tal como lo demandara Aquiles para cubrir la tumba de Marcelo, dando los lirios a manos llenas.

Las intervenciones de quienes me han precedido en el uso de la palabra — amigos personales del finado y admiradores fervientes de su arte— han sepultado en flores de entrañable recuerdo su lauda sepulcral. Ahora —dicho ya casi todo— me llega el turno a mí, que apenas si tuve la oportunidad de estrecharle la mano una tarde de abril —el azahar exhalante— hace ya varios años. Alguien, quizá López Obrero, que ahora pinta con él en el Olimpo de los grande de Córdoba, nos regalaba con sus últimos lienzos y en la baraúnda de la inauguración tan sólo intercambiamos un par de frases.

Es evidente que aquella fugaz presentación no me permite hoy afirmar que conocí a Ruiz Olmos. Salí sin conocerlo más de aquella sala, pero ello no es obstáculo para sumarme ahora al homenaje que ésta, su Academia, le tributa.

Tampoco conocí personalmente a Miguel Ángel, ni a Fidias, ni a Rodin, pero sé quienes fueron por sus obras, los admiro profundamente, que es mi única manera de admirar, y venero su memoria, como venero también la de Ruiz Olmos que, pese al truncador abrazo de la muerte, está vivo y vivirá por siempre en las plazas de Córdoba.

Alguna vez he dicho que uno de los mayores goces que me brindó esta ciudad cuando llegué a ella hace veinte años largos, fue su capacidad de confundirme, de desorientarme, de conseguir que llegara a perderme en su intrincada trama urbana. Pasearla sin rumbo era y sigue siendo un lujo que espero poderme permitir mientras Dios me dé aliento, pero entonces, en aquellos primeros años de la década de los setenta, era también una aventura.

Una tarde, ya casi en el crepúsculo, lloviznaba y el sol tibio y rasante de octubre irisaba las guijas de la calle Judíos. La queja persistente del jazmín me

imantó hacia una de esas plazas recoletas, rurales, remansadas en la cal y el silencio, que sólo he visto en Córdoba. Allí estaba solemne, el libro en su regazo, toda la paz de Córdoba condensada en su mirar de bronce, el gran Maimónides. Ya me lo había advertido James A. Michener –“En un rincón de la judería, al otro lado de donde está Séneca presidiendo, aparece ante nosotros una de las estatuas más bellas y agradables de Europa– pero me sorprendió encontrarla inopinadamente.

Sin saber donde ir, perdido como estaba en la plácida tarde cordobesa de otoño, me quedé allí un buen rato observando curioso a Mosen Ben Maimón. Mis ojos lo recorrieron una y otra vez desde el turbante a las babuchas con el impudor de quien sabe que no ha de cruzar su mirada con la del otro. Tuve la sensación de que el sabio judío estaba allí desde siempre, leyendo a Platón en la dulce penumbra de su patio encalado de Córdoba y sentí la necesidad de excusarme por haber turbado alevosamente su intimidad.

De esta obra, me fascinó la pericia de su artífice, cuyo nombre ignoraba, para captar el espíritu de Maimónides y, sobre todo, su habilidad para adecuar el monumento al entorno. Supe después que se trataba de Amadeo Ruiz Olmos y no podía entender cómo un valenciano con raíces en la desgarrada y austera Castilla había sido capaz de calar de tal modo en el alma de Córdoba.

La respuesta me la dio él mismo, pocos meses después, cuando, en un tenderecillo de “El Jueves” sevillano de la calle Feria, encontré un librito de Ricardo Rufino dedicado al artista. En él y hablando del mausoleo que entonces cincelaba para Manolete, Ruiz Olmos le comenta al autor lo siguiente:

“Si le digo a Vd. que llevo realizados veintiocho bocetos diversos para el monumento, no le exagero. no puedo negar que algunos eran muy sugestivos, pero no encuadraban con el alma cordobesa. Este fue el cambio aceptado sin discusión y por unanimidad. ¿Sabe Vd. por qué emociona tanto la estatua ecuestre del Gran Capitán? Porque el hombre y el caballo se ven desde lejos que son cordobeses. Mire Vd. qué detalle más simple al parecer. Yo persigo en mi monumento eso: geografía, y en el contorno quiero encerrar también la atmósfera de Córdoba en duelo”.

Geografía; eso fue, geografía y ahondar en la esencia de Córdoba, lo que movió el cincel y la gubia de Ruiz Olmos en su obrador de Sánchez de Feria. Y recordé a Maimónides añorando Sión en su patio enjalbegado de la Judería y supe del fruto de su empeño. Y lo volví a saber al ver a Séneca escrutando la calle Cairouán enfundado en su toga, pensativo, solemne, sin ceder al halago pertinaz del jazmín y la dama de noche; y lo supe de nuevo al encontrarme a Aben Hazam desgranando “El collar de la paloma” en la Puerta de Sevilla, y a Ramón Medina, que sigue soñando con ser romero de Santo Domingo a la sombra de la espadaña de San Agustín, y a Fray Albino en Cañero, y al profesor López Neira junto al estudio del artista, y a los cuatro grandes: “Lagartijo”, “El Guerra”, “Machaquito” y Manolete, intentado desprenderse del lastre bronceo de la gloria para volver a torear de novilleros en el coso califal de Córdoba.

Sí, geografía, es sin duda mera cuestión de geografía, de saber ubicar cada pieza en su sitio para que todo cuadre y nada quiebre el cordaje armónico de esta ciudad, que es legado de siglos. Lo que demanda Córdoba estuvo siempre claro

para quienes, como Ruiz Olmos, se empaparon de ella y la amaron con ansia.

“Un día de 1937 –nos dice Ricardo Rufino– surgió en Córdoba, la dorada, la maga, la peregrina ciudad de los Califas, un muchachote alto, alegre y dinámico, que según el desenfado en el vestir, la chalina sobre el cuello flojo y el largo cabello, parecía pertenecer a la noble cofradía de los artistas. Apenas representaba veinticuatro años de edad. Las gentes lo vieron ambular por la ciudad, observándolo todo, admirándolo todo; ya la complicada y atrayente geometría de sus calles, plazas y jardines; ya los palacios, casonas y hogares humildosos, cuyos estilos, Renacimiento, Barroco y Mudéjar, maridean a placer; ya los espléndidos y lujuriosos patios columnados; con fuentes y surtidores, donde la cal y el ladrillo riñen homérica batalla con las plantas, los frutos, las flores y el agua trasparente; ya las iglesias, ermitas y conventos, y esa inimitable y asombrosa Mezquita-Catedral, síntesis de dos religiones que no sólo no han reñido, sino que se han abrazado amicalmente, fraternalmente, convencidas de su magno papel en la historia patria”.

Así, poco a poco, sin prisa, con la calma que requiere el conocimiento profundo de Córdoba, el joven escultor fue enamorándose de ella al conjuro del jazmín, el nardo y la magnolia. Llegó a quererla tanto que parecía embrujado por ella. “Córdoba –solía decir– es un compuesto de energía, amor y sencillez. Un arca de sándalo donde se conservan eternamente el sensualismo del árabe y la austeridad del pagano de Roma”.

Córdoba, con su capacidad de seducción, penetró con fuerza en aquel soñador con alma de poeta, que fue Ruiz Olmos; lo atrapó, lo hizo suyo, cinceló su carácter, talló su sentir con la gubia del hechizo y, en definitiva, modeló con barro valenciano un cordobés cabal donde los hubo; un cordobés que acostumbraba a mirarlo todo– lo grande y lo pequeño– con la mayor naturalidad, sin perder nunca la cabeza, con esa serenidad que es patrimonio de las gentes de Córdoba.

Apenas llevaba nuestro artista una década en esta ciudad, cuando Ricardo Rufino dijo de él: “Es árabe cien por cien, pero pertenece espiritualmente a la casta que vivió en Córdoba y no en Valencia, ni en Almería, ni en Sevilla, ni en Granada”. Y también la crítica destacó con frecuencia el cordobesismo de su arte: “Tan maravillosa obra –afirma José Luis Sánchez Garrido refiriéndose a la estatua yacente de Manolete– parece encarnar el hondo espíritu y la silenciosa quietud, que son prendas perennes de la contextura de Córdoba”. “En la sala de arte –comenta Vicente Orti Belmonte, con ocasión de la exposición total de 1952– expone en materia definitiva *Córdoba*, en mármol de nuestra tierra, cuyo título sobra porque todo el tipo, desde la expresión fresca y atezada del rostro, hasta las suaves y pletóricas morbideces de sus formas, nos dice que es una joven de la Ribera o de Piedra Escrita”.

Un día –lucían ya su oro las naranjas– en aquellos mis añorados paseos de estreno por la antigua corte de los Omeyas, vi a don Emilio Luque en su plaza, testimonio perenne de la gratitud de Lorenzo Serrano; y a poco me tropecé con Góngora arropado por “la augusta presencia del ciprés”, cabeza valazqueña y fruncido ceño, coronando la ampulosidad barroca de su planta. Apenas si llevaba cinco años vigilando el bullir de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, pero lo vi tan cómodo, tan en su sitio, que se me antojó en aquel pedestal desde siempre,

testigo mudo en otro tiempo del partir de los trinitarios a tierras de Berbería.

11 Todos, absolutamente todos los monumentos cordobeses de Ruiz Olmos, desde el Triunfo de San Rafael, en una de las entradas de la ciudad, hasta la Virgen de los Caminantes, recibiendo desde los muros de la Mezquita a quienes llegan a ella por la antigua Bab-Alcántara, están perfectamente integrados en la geografía urbana de Córdoba.

12 Su conocimiento profundo de la que fuera capital de Al-Andalus y su pasión por ella le desaconsejaron cualquier aventura rupturista. Supo, desde el principio, que no era ésta una ciudad hospiciaria y sin pasado en la que cabía el experimento y, desoyendo los cantos de sirena que siempre animan al artista de la creación sin freno, puso su arte al servicio de Córdoba.

13 Académico Correspondiente desde el 14 de enero de 1950, Numerario desde el 6 de abril dd 1957 y autor de varias de las obras escultóricas que atesora la Academia, Amadeo Ruiz Olmos mereció, sin duda, que hoy lo recordemos en esta Sesión Necrológica. Pero, aunque no tuviéramos contraída con él dicha deuda, tendríamos que haberla celebrado igualmente, con la esperanza de que su profundo respeto a Córdoba sirva hoy de ejemplo y frene las desafortunadas actuaciones urbanísticas que están desdibujando el perfil singular de la ciudad.

14 Quiera Dios que nuestro recuerdo sirva para que algunos aprendan la lección del escultor que hoy recordamos y se decidan ya, de una vez por todas, a poner su arte al servicio de Córdoba.